

Discurso de recepción de Don Cristián Larroulet Vignau

por

**D. Arturo Fontaine Aldunate
Académico de Número**

Pronunciado el 10 de julio de 2003

En nombre de esta Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile, tengo el honor y el agrado de recibir como nuevo Miembro de Número al distinguido economista y profesor don Cristián Larroulet Vignau.

El señor Larroulet se tituló de Ingeniero Comercial en la Universidad Católica de Chile y de Master of Arts en Economía en la Universidad de Chicago. Actualmente es Decano de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad del Desarrollo, Profesor de dicha Universidad a la vez que Director Ejecutivo del Centro de Estudios “Libertad y Desarrollo”. Son suyas numerosas publicaciones sobre materias de su disciplina.

El discurso de incorporación, aunque ceñido rigurosamente a los principios de la ciencia económica y apoyado como corresponde en sólidas consideraciones y cifras de su especialidad, ofrece un enorme interés en una perspectiva general acerca del presente y del futuro de Chile. Como él lo sugiere, el desarrollo económico no ha de

enfocarse sólo como el aumento de la disponibilidad de bienes y servicios sino que la reflexión sobre la materia debe extenderse a los efectos del fenómeno en el aumento del bienestar social, en la atenuación de los enfrentamientos cívicos, en las posibilidades de una mejor gobernabilidad y en la búsqueda de una vida más esperanzada y satisfactoria para las grandes mayorías.

El discurso del nuevo Académico parece iniciar un combate decisivo contra el pesimismo y la frustración, que suelen acometer al país cada vez que recae en el crecimiento débil después de un período de bonanza, como es el caso de hoy.

Así ocurrió a comienzos del siglo XX cuando, después de un breve tiempo de crecimiento esperanzador en los últimos años del siglo XIX, el país recayó en la debilidad. En un discurso célebre don Enrique Mac Iver pronunciado en 1900 atribuyó la situación a la decadencia moral de nuestro pueblo. Once años después, como el panorama no se despeja, don Francisco Encina en su famosa obra “Nuestra Inferioridad Económica” atribuye la pobreza chilena tanto a las limitaciones de nuestro suelo como a una ancestral e insoslayable ineptitud de sus habitantes para el trabajo productivo. El historiador y genial escritor propone que el país desconfíe del capital extranjero, ponga barreras al comercio de importación y proteja la producción manufacturera. Personalidades chilenas de diversas tendencias

políticas o convicciones económicas han seguido las huellas de Encina.

En estos tiempos asistimos a un fenómeno similar. El público tomó bríos y se abrió a las esperanzas desde que en el período 1984-1997 se vive por primera vez en nuestra historia un crecimiento sostenido y elevado durante un plazo tan largo. El promedio del crecimiento anual por habitante fue de 5,4%.

Un reflejo de este optimismo, como lo recuerda el señor Larroulet, lo dio el Presidente de la República don Ricardo Lagos cuando, en su Mensaje del 21 de mayo del 2000, propuso como meta de su Gobierno un crecimiento de 6 ó 7 por ciento anual, para que Chile llegara a ser en el 2010 una nación plenamente desarrollada e integrada.

Por desgracia el desarrollo no siguió el ritmo esperado. La tasa de crecimiento anual en el período 1998-2001 llega apenas al 1,2%, promedio inferior al que se obtuvo en los 30 años transcurridos desde 1940 a 1970.

Vuelven entonces las interpretaciones deprimentes que culpan a incapacidades locales, a factores externos o a estructuras defectuosas como responsables del estancamiento en que vivimos.

Contra esa actitud mental reacciona el señor Larroulet y su trabajo muestra que nuestro débil crecimiento no se debe a

factores tales como la raza, la falta innata de espíritu emprendedor, la excesiva dependencia de los recursos naturales, la concentración de la estructura de la propiedad o la incompatibilidad de los países en desarrollo para adoptar el capitalismo.

A su juicio, el verdadero motor del desarrollo está en las políticas públicas que inducen al aumento de los factores productivos y a su más eficiente utilización.

Elas pueden sintetizarse en una ley estable y bien concebida que asegure el derecho de propiedad y por tanto el ahorro, la inversión y el espíritu de riesgo de los ciudadanos; en un mercado abierto y flexible que ofrezca precios reales a los bienes y servicios; en el libre ingreso y salida de bienes y factores productivos que llevan a los agentes económicos a la óptima asignación de sus recursos; y en la presencia de señales o estímulos para hacer bien el trabajo productivo y satisfacer así las necesidades reales de la población.

A esto se añaden, a juicio de Larroulet, las ventajas de un clima de competencia que lleva a las personas a innovar y a emprender. Se forma así una carrera en que triunfa la empresa más hábil y eficiente, la que asegura mejor servicio por cuanto sustituye a las producciones caras o menos útiles.

El otro elemento decisivo es la economía abierta al exterior, que promueve los bienes y servicios susceptibles de producirse en el país con ventajas comparativas respecto de

sus similares extranjeros y que facilita el acceso de los consumidores chilenos a productos de más bajo precio y de mejor calidad. Además de ello, la apertura permite bajar los costos del producto chileno vendido en grandes volúmenes en los mercados internacionales, y permite por último el acceso a modernas tecnologías de mayor calidad a menor precio.

Añadimos también como factor esencial del desarrollo la calidad del régimen político, su estabilidad, su gobernabilidad, su juridicidad y su aptitud para asegurar las libertades y derechos de los ciudadanos. La solidez de la moneda y los equilibrios presupuestarios se incluyen también en este renglón político.

Similar importancia tienen los sistemas educacionales exigentes, el un clima de aprecio por el esfuerzo aplicado la educación y la salud, junto a un aliento a la ciencia y a la técnica como ingredientes básicos de la vida moderna.

A través de sus reflexiones económicas, el nuevo Académico de Número se sitúa en el centro de la decisiva polémica nacional. ¿Cómo avanzar? ¿De qué modo reemplazar las rencillas extenuantes en una marcha persistente hacia el bienestar y la dignidad de nuestro pueblo? ¿Cómo dejar de lado las frustraciones y el desaliento? ¿Cómo atender de la manera más premiosa y eficaz a las urgentes necesidades de la población?

Las ideas del señor Larroulet van al encuentro de esas preguntas. Esta Academia las recogerá muy posiblemente para el inicio de alguno de sus grandes debates acerca de los asuntos de la “polis”, es decir el cuestionamiento de los temas esenciales que plantea la sociedad política, objeto central de nuestras reflexiones.